

EL ÁRBOL

Francisco González Díaz nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1864 y murió en Teror en 1945, lugar en el que vivió los últimos treinta años de su vida y al que dedicó el libro de su mismo nombre.

Considerado maestro de periodistas, su pluma creadora ocupaba los espacios de los distintos periódicos y fue reconocida su gran labor crítica y divulgadora dentro y fuera de su tierra. Honda huella dejó su estancia en Argentina donde colaboró en prestigiosos periódicos y revistas, entre las que destacan *El Censor* y *Vida Nuestra* y que le llevaron a la consideración de introductor de la modernidad y del buen gusto literario en la prensa canaria.

Igualmente su estancia en La Habana como mantenedor de los Juegos Florales Hispano-Cubanos le otorgaron el reconocimiento definitivo de su valer literario, porque nuestro escritor, además de un magnífico periodista, fue un destacado escritor literario, entre sus obras sobresalen "Especies", prologada por Miguel de Unamuno, "Árboles", "Cultura y Turismo", "Un canario en Cuba", "La Gran Guerra", "Tierras sedientas", "Teror", "A través de Tenerife", "En la selva oscura" y muchas otras.

Hombre cultísimo y sensible, conocedor de idiomas, orador excelente y escritor comprometido dedicó toda su vida a la defensa de Canarias, a la que amó como ninguno. Nadie como él ha sentido el analfabetismo, la incultura, la indiferencia, la desidia y la apatía del hombre canario.

Su pluma ágil y su labor denunciadora centró gran parte de su labor en la defensa del árbol, de la cultura y del turismo.

Su defensa del árbol comienza con una campaña periodística de más de treinta artículos publicados en prensa entre 1901 y 1902 que tuvo gran acogida por parte del público canario y que luego cayó en el olvido.

González Díaz se duele continuamente de la indiferencia del hombre canario ante la tala de árboles por el hacha del leñador, impulsada por la sórdida codicia o alentada por un caciquismo de antiguo abolengo, tan antiguo como la conquista y se pregunta dónde están aquellos bosques vírgenes, orgullo de la raza guanche y cantados por nuestro poeta Viana. Los guanches, aprecia con tristeza, no conocerían hoy su tierra, al encontrarla desnuda, afeada por el proaísmo de la vida moderna, que nos ha hecho pagar los adelantos al precio de su belleza y de la



poesía; no comprenderían por qué no amamos los árboles que tanto amaron ellos. Nos dice: "Nosotros hemos puesto el odio donde ellos pusieron el afecto; hemos levantado el hacha donde ellos alzaron los brazos en señal de veneración,... del seno de nuestra civilización deficientísima han salido los iconoclastas del arbolado y hoy resulta tarea titánica alzar de nuevo la selva primitiva como desagravio a Dios y como ofrenda a los hombres".

Su invitación a todos los canarios de los distintos pueblos hizo que se pudiera celebrar el primer día del árbol, con motivo de la celebración de la conquista de Canarias, en la Plaza de la Feria, a la que acudieron niños, profesores y hombres que habían sido captados por su entusiasta llamamiento y allí plantaron pinos y palmeras canarias. A pesar de la populosa acogida y del reconocimiento oficial de González Díaz por parte de las autoridades por su labor de protección permanente del árbol (incluso se le consulta, se le nombra juez-árbitro para resolver cuestiones relacionadas con el tema) la celebración de este día se olvidó hasta pasados unos años.

Sin embargo su espíritu tenaz y luchador hizo que no decayera su ánimo y siguió trabajando denodadamente por la causa. Fruto de ello es la publicación del libro "Árboles", 1906, recopilación de los artículos y discursos que había pro-

nunciado en todos los lugares de la isla y la fundación de la revista de carácter decenal "El Apóstol", dirigida por González Díaz, cuyo fin primordial lo constituyó la repoblación forestal y así de nuevo se volvió a conmemorar el día del árbol y cada año en primavera los niños de las escuelas plantaban pinos y eucaliptos en nuestros montes.

Esperemos que nosotros, canarios del año dos mil, tengamos todavía la suficiente sensibilidad para que, aunque tarde, respondamos con entusiasmo y compromiso a la llamada de nuestro escritor.

González Díaz incita a las masas de los pueblos que visita, como un Apóstol del árbol que fue, a que planten árboles en todas partes, en la montaña, en la llanura, en los pueblos, en los caminos y en los barrancos, porque "sembrando árboles, sembraremos a manos llenas nuestro porvenir", sobre todo en esta provincia, en la que, aunque le acongoja y le pesa decirlo siente, como debido a la devastación y tala de árboles se están perdiendo las condiciones inapreciables del clima y salubridad del ambiente que hacen de Canarias una de las regiones, país como la llama él, privilegiadas del mundo. Por ello, no se cansa de cantar todas las excelencias del árbol: "el mayor bien otorgado al hombre, condensador de la humedad atmosférica, regulador de los vientos, distribuidor del agua de las nubes,

inmenso laboratorio de la naturaleza donde se elabora y se reparte la vida, su fruto es alimento, su follaje adorno e higiene, su copa desplegada purificadora del ambiente, por darnoslo todo, nos da hasta la madera con que se fabrica nuestro ataúd”.

Destaca la evolución del canario en sus comodidades y progresos que a la par no se ha preocupado por el embellecimiento de las islas, de las que paradójicamente siempre está cantando sus bellezas. Pero él no encuentra hermosa su isla, sino fea, muy fea, y volverla a vestir, nos dice, es una tarea que incumbe a todos los hombres, mujeres, niños y ancianos, ya que todo esfuerzo, por muy débil que sea, será muy valioso, “soñamos cuando nos la figuramos hermosa, mentimos cuando hermosa la llamamos”.

Incansable grita que colaborar en la repoblación forestal es cultura, pues todos los países que son cultos protegen al árbol, lo cuidan, lo plantan. “Plantando árboles reconquistaremos la Naturaleza y las islas enteras serán árboles por cuyos troncos y por cuyas ramas, subirá la savia impetuosa, ardiente, arrolladora como una tempestad”.

Pero el llamamiento no sólo es al pueblo, sino también a las autoridades, que tienen que repoblar los pinares de las cumbres y embellecer con árboles los riscos secos y tristes de San Roque, San Juan y San José, porque la ciudad de Las Palmas, nos señala, no será habitable hasta que no tenga jardines, avenidas y calles arboladas; prosigue: “Ahora que nos ha llegado la época de europeizarnos, ahora que tenemos un vasto plan munici-



pal ¿cómo no reservar en el presupuesto de reformas el suficiente espacio y suficiente dinero a la satisfacción de tan grande necesidad?”.

Invita a todos los canarios a constituir sociedades con el único fin de fomentar el arbolado y pide que se promulguen leyes que penalicen con multas a los hombres que arrancan árboles y se premie a los que los plantan y cuidan.

Insiste: “el hacha ha derribado los árboles seculares y al mutilarlos nos hemos mutilado nosotros mismos, con los golpes que les descargábamos abría-

mos otras tantas heridas en el cuerpo santísimo de nuestra patria”.

Increíble parece que este autor haya nacido en el siglo pasado, pues sus palabras tienen hoy una asombrosa actualidad para vergüenza de todos los canarios y nosotros, llegados a este punto, sólo podríamos decir, como diría González Díaz con su elocuencia característica y su esperanza siempre en alto, como los árboles a los que adoró, todavía no es tarde, estamos a tiempo, continuemos unidos en su defensa y “pongamos a los niños en contacto con los árboles, para que les otorguen, luego que aprendan a conocerlos, su confianza, su amistad y su cariño”. Gracias por haber conservado esa palmera, recuerdo permanente de su apostolado, en medio de la calle de Las Palmas que lleva su nombre.

ISABEL HENRÍQUEZ

